

Cuando se termina de leer esta obra, se piensa en lo que podríamos llevar a cabo en nuestro país, si en las provincias insurgieran, como en Argentina a cabo estos movimientos de reconquista del perfil particular de cada zona de la república; este libro tiene una meta: *cuyanidad*. Y, de este modo, Argentina se encuentra y se agranda. A nosotros toca seccionar nuestra tierra, quitarle el rostro genérico que nos cubre, para descubrir los especiales que viven sumergidos en su riqueza.

Exornado distinguidamente por Amadeo Dell'Acqua, «Coplas» es un nuevo éxito de su autor y del querido Ricardo Tudela, mentor de «Oeste» y su mejor bandera.—ANDRÉS SABELLA.

<https://doi.org/10.29393/At194-15HTCU10015>

HUELLAS EN LA TIERRA. Cuentos, por Oscar Castro Z.—Edit. Zig-Zag. Santiago

«Este libro revela a un cuentista de las más altas cualidades. Hay que admirar en él su intenso aliento poético, su realismo y precisión en el dibujo, su habilidad para ambientar las escenas, para plantear situaciones expectantes y darles, sin recurrir al truco rebuscado, un desenlace natural». Así dice Armando Bazán en el prólogo de «Huellas en la Tierra».

Y así es la verdad. Al menos, parte por parte. Desde luego, ya habíamos apreciado, en anteriores libros de poesías de Oscar Castro, su natural aliento poético—natural, aunque no muy intenso, a nuestro parecer—; su precisa objetividad en las imágenes y su habilidad para alcanzar, sin rebuscados procedimientos modernistas, efectos novedosos en sus versos. Y junto a todo eso, una galanura de expresión singularísima. Ahora, ¿qué es lo que les falta a estos cuentos que, dadas las cualidades enunciadas y alabadas, nos producen a la postre una impresión que casi no deja ninguna impresión? ¿Les falta medida; les falta gusto, o fuerza, o trabazón de esas partes, para

darles solidez y elegancia total? ¿O bien ese «desenlace natural» precisamente, desorienta y deja un algo de insatisfacción en nuestra sensibilidad, que ha estado mirando engolosinada hacia un final estético no tan demasiado natural; hacia desenlaces más previstos y en armonía con las condiciones del autor?

Apretamos bien nuestra atención, que se desliza sin sobresaltos por el cauce fácil y bordeado de figuras poéticas muy hermosas, y de descripciones llenas de sugerencia, del relato, y llegamos felizmente y sin darnos cuenta, como debe suceder en toda buena literatura, al desenlace. Entonces, deseamos regustar la impresión gustada; pero he aquí que el sabor se nos deshace en la memoria, como el de un exquisito merengue.

Les falta, pues, densidad, consistencia, a estos cuentos de Oscar Castro. Les falta dramatismo, a pesar de todos los elementos dramáticos acumulados en ellos; y eso, por falta de otros elementos que, sin ser dramáticos aisladamente, pueden producir, reunidos, ese efecto. Por ejemplo, en el cuento «Lucero», el autor quiere llevar a la cúspide, la emoción, y ubica de golpe el drama en ese despeñadero cordillerano, donde Rubén Olmos, el amo y amigo de «Lucero», se topa de improviso con el jinete que viene en sentido opuesto. El camino es angosto y, según el autor, no hay vuelta posible: por tal motivo los que en él se internan deben disparar, previamente, dos tiros al aire, para avisar al que venga del otro lado. Pero ellos han disparado los dos tiros consabidos, simultáneamente, y no se han oído. No hay más remedio: uno tiene que empujar al abismo su caballo, porque pase el otro. Lo tiran a la suerte, la que favorece al desconocido. Entonces Rubén Olmos despeña, simplemente, al fiel «Lucero». Y con él, despeña el cuento...

Despeña también el cuento; primero, porque esos dos tiros que los hombres han disparado al mismo tiempo, son en realidad una cosa muy posible, pero un tanto inverosímil, y eso le resta dramatismo; y después, porque al ver el fallo, el buen Rubén Olmos no reacciona, ni duda ni busca manera de salvar

a su noble caballo, y se resuelve a secas a sacrificarlo, lo que también es un tanto inverosímil y le quita casi del todo el efecto dramático final.

Algo parecido sucede en los demás relatos. A excepción, desgraciadamente aquí, de «El Callejón de los Gansos», el más sabroso y novedoso de todos. Este picaresco y curioso callejón, que ha ido enrollando solazadamente en su transcurso por el lugarejo, todo un melodrama rústico, en el que hierve la inquina bruta de dos familias campesinas, a causa del hijo mozo y de la hija hembra, termina por sorprender a éstos arrullándose más allá como dos tórtolos, y entonces se empecina en volver atrás... ¿A qué vuelve? A oír nuevamente los insultos, duros como pedradas, que todavía están lanzándose de través, las comadres, desde una puerta a la otra de sus ranchos, y los hombres, de potrero; y a saborear aún los requiebros—de pobre efecto: «¡Palomita!», «¡Mi hombre!»—que se dicen los enamorados, anidados acá en lo espeso del maizal. Una especie de irónica moraleja del amor.

Un cuento hermoso es el de «Chepa»: El mejor de todos, a nuestro parecer, y el que da la medida y capacidad del autor. Sencillo, intenso—de una intensidad sin escenarios—interesa desde el comienzo y conmueve hasta el final. ¿Y qué es lo que ha pasado en él? Nada más que un pequeño bofetón irreflexivo de la pobre Chepa, que logra cambiar sus sentimientos ariscos por su madrastra, en un copioso amor filial. Un pequeño poema de psicología.

En general, encontramos estos cuentos de «Huellas en la Tierra»—de índole criollista, a cuya cabeza ha querido colocar de rompe y raja al autor, un crítico que bien habrá pensado en lo que dice—algo débiles y desteñidos, como en etapa de iniciación. Y débiles los diálogos y escenas; y a veces de mal gusto y afectados. No convence esa habla campesina. Ni convence el desarrollo total de los argumentos; así estén cuajados aquí y allá de hermosas flores de metáfora, las que, dado el

valor capital de la acción, sólo tienen un valor aislado y ornamental. Cuando el autor establezca en sus obras el equilibrio y la medida justa de los múltiples elementos de que dispone, alcanzará por sí sólo categorías y preeminencias, sin que nadie tenga que dárselas o quitárselas.

Por el momento, creemos que si Oscar Castro no ha alcanzado aún las cumbres de la literatura criollista, ya va clavando firmemente en ella, sus huellas.



MEDITACIONES MÍNIMAS (Ensayo sobre paremiología árabe) por  
*Benedicto Chuaqui. Nascimento, Santiago*

«No sólo de pan vive el hombre» . . . ; no sólo de arte puro vive el espíritu, se podría decir, parodiando al autor de estas *Mínimas Meditaciones*.

Place coger un libro como éste, y recrearse, sin máximos esfuerzos de comprensión, en la sencillez empírica de su contenido, bajo la cual se transparentan, no obstante, ocultos significados e idiosincrasias, apozados ahí durante siglos por la cotidiana filosofía de un pueblo. De un pueblo tan filósofo como el árabe.

Aunque la índole y el origen de los refranes, dichos y proverbios sean generalmente popular y oral—como lo dicen sus mismos nombres—ya desde tiempos muy remotos, sabios y poetas le han dedicado a esta silvestre rama del pensamiento humano—que a veces da flores sonrientes y a veces frutos agri-dulces o agudas espinas punzadoras—una íntima atención. Los han recogido o recopilado, o los han modificado o interpretado doctamente. Aun antes que los pensadores árabes, ya Confucio y Salomón escribieron proverbios y sentencias, y después, el marqués de Santillana compiló su *Centiloquio* y Cervantes destiló el jugo sabroso y copioso de dichos y refranes, por la bo-